

# La mancha de Luz

Anacalú Mariné



Image not found.

# Capítulo 1

## La mancha de Luz

Al día de hoy son 10 años y la mancha continua creciendo. Cada día la mira en el espejo, con la esperanza de que se detenga. Pero no es así. Tenaz y persistente quiere conquistar todo su territorio facial. Milímetro a milímetro va cercenando su nariz. Aún no logra visualizarse con ella, cubierta por entero, con sus vellos.

Soñaba de manera frecuente que tocaba su mejilla y era un territorio virgen, sin rastros de colonización oscura. En esos instantes se sentía feliz y aliviada. Una profunda calma y conexión con el mundo la embargaba y se aceptaba a sí misma. Sin embargo, una vez abiertos los ojos, sus manos se topaban con esa acromática vellosidad.

Luz había llegado a un punto de reconciliación y, quizá, hasta aceptación de esa compañera no elegida. Aunque justo cuando lograba un estado de comunión aparecía la persona que la trajo al mundo y se encargaba de oscurecerla al magnificar su presencia.

Con la ayuda de un psicólogo transitaba un camino de trabajo en reconocer sus cualidades, tales como su particular mirada acerca del mundo y la vida, su carácter introvertido y filosófico, su natural carisma y empatía, que despertaba una instantánea conexión o confianza con cualquier persona que entablara dos palabras con ella.

Cuando Luz tenía 7 años, su madre, deslindándose de toda responsabilidad por el mensaje que emitía, atribuyéndoselo a su abuela materna, le confesó, a modo de dudoso elogio: "Luz, sabés que en este mundo hay dos clases de personas. Por más que intentes entenderlo de otra manera, el mundo se reduce a esta básica diferenciación: están los bellos "por fuera", desde sus cualidades exteriores, como podés ver en tu prima Celeste, que hechiza a todos con sus increíbles ojos verdes, y luego están los otros, como tú, que son bellos en su interior, "por dentro". Podríamos compararlos con esa flor llamada Violeta. Si la ves cerrada no te emociona, sin embargo, cuando abre sus pétalos, descubres su belleza". Y se marchó sin esperar la respuesta de su hija. No sabía si emitir agradecimiento ante lo que pretendía ser una alabanza o echarse a llorar. ¿Su madre la había tildado de fea? ¿A su propia hija la redujo a una belleza oculta a ojos de los demás? ¿Quién descubriría su belleza si encima contaba con una gran mancha a simple vista?

Primitivamente hizo lo que haría cualquier hijo herido. Negó. Bloqueó. Tapó la situación. Deformó las palabras de su madre y se reescribió el guión. Se convenció que su progenitora había intentado comunicarle algo diferente y, por inexperiencia o nerviosismo, no salió bien. No la podía

culpar ni asumir una creencia tan degradante por parte de uno de los dos seres que deberían generarle arraigo y confianza en el mundo: su ligazón con la vida.

Desde ese momento comenzó a observar a Celeste con nuevos ojos, no tan bonitos como los de ella, según se había desayunado recientemente. Le resultaba imposible ahogar esa nube negra que le inundaba el pensamiento y le obstaculizaba la garganta.

Algunos podrán cuestionar por qué su silencio. ¿Por qué calló Luz? ¿No pudo expresar a su madre su desacuerdo? ¿Tan siquiera manifestarle su dolor?

Cuando una persona recibe una información descalificadora de todo su ser, su esencia, su razón de ser, máxime de parte de una de las figuras que, se supone, debería amarla incondicionalmente, no se puede emitir palabras. De manera simple se diría que se esfuman. Se escapan. Uno queda en absoluta indefensión. Un mecanismo sencillo como no poder creer aquello que se escucha. Se es consciente de la realidad de la experiencia pero no se la quiere acreditar. No se puede validar. Es imposible. De así hacerlo entonces se estaría asumiendo que lo dicho es LA VERDAD.

Su madre también recalca, de manera asidua, esta afirmación y parecía tener una fijación con todo lo referente a manchas o todo lo relacionado con ellas. En una oportunidad se encontraba Luz pronta para ir a su acto de comunión. Se encontraba bellísima, radiante, haciendo honor a su nombre. Sus tías y primas la elogiaban y tomaban fotos. De las pocas veces que nacía en ella una sensación de realeza. En determinado momento, su madre se acerca y la abraza, aproximando su boca al oído derecho y, en un suave tono de voz, en un evidente acto de secretismo perverso le susurra: "no quiero dejarte en evidencia frente a los demás pero tienes un color extraño en las uñas y tu cabello huele a tangerina". Se separa unos centímetros y le ofrece una sonrisa inmaculada, tan inocente como la viuda negra luego de estrangular a su víctima. Los demás, testigos de ese conmovedor momento de madre e hija, sonrían tiernamente. De esta sutil manera le apagó su nombre.

Se sintió sucia, desprolija, una gran falla humana, algo más cercano a la basura que a un ser viviente. ¿Podría echarse a llorar en un momento así? ¿No se esperaba de ella que saliera al acto con su mejor ánimo?

Deseó con todas sus fuerzas perder la vida en el acto. Puede entenderse como un tanto dramático su sentimiento pero, a los 10 años, frente a una celebración de trascendencia espiritual y existencial, que significa la entrada a un mundo impoluto, hacerlo a su manera, sucia y fallida, era

algo digno de muerte.

No comprendía por qué su madre se empeñaba en hacer evidente todo lo que ELLA consideraba una falta. Luz apreciaba su mancha. En su fuero interno reconocía que ello la convertía en un ser único, diferente e irreplicable. Rara, puede ser. A ella ser rara le gustaba, le daba confianza, tenía un parámetro con el cual regirse en la vida. Así como dejarse el pelo despeinado le proporcionaba sensación de libertad. Usar sus pantalones rotos y trepar árboles la conectaba con la naturaleza, sin sentirse "masculina" o "machona". Deliberadamente se cepillaba los dientes dos veces al día, al levantarse por la mañana y antes de irse a dormir, puesto que su filosofía personal abogaba por menos estructura y rigidez, y sus dientes no daban señales de caries o sarro. Optaba por remeras holgadas y gastadas a musculosas con brillos o pollera. No encajaba en el estereotipo femenino pero tampoco con el masculino. ELLA ERA COMO LE GUSTABA SER.

Sin embargo, la mirada de su madre era implacable. Luz nunca podía estar tranquila o relajada si su madre estaba alrededor. Para ser honestos, tampoco lo estaba al encontrarse lejos de su madre, porque esto de la mirada no es algo palpable y externo a uno. Una mirada repetida de control sobre uno mismo pasa de ser externo a internalizarse y, luego, simplemente está siempre en todo lugar al que vayamos, como una especie de ojo de Gran Hermano intrínseco. Si su madre estaba próxima a ella le urgía esconderse, irse o evitarla, moverse lo menos posible con la esperanza de que, si aquella tuviese visión ultravioleta como las víboras, no la percibiera en su parálisis.

Así pasó el tiempo y Luz, haciendo de tripas corazón, fue soportando, estoicamente, esa violencia solapada. A los 12 años aún continuaba luchando por ser quien era, o quien estaba queriendo ser, y su madre insistía en su lucha para que fuera como ella imponía que fuera. Una batalla en la que nunca hay un ganador.

Habían discutido por enésima vez. Ya no podía tolerarlo más. Su cabeza parecía estallar. La disociación ya no la salvaba. Se internó en la anestesia de Facebook hasta que vio algo que llamó su atención: "Clean up" era la promesa, el milagro para esta situación. Esta crema debía ser untada sobre la mancha o lunar a determinada temperatura y, al retirarla con una toalla, habría desaparecido. No acertaba a creer este efecto milagroso ya que ni la ciencia había ofrecido respuestas positivas para ello. Luego de varios intentos fallidos su médico la había derivado al psicólogo para elaborar la angustia y ansiedad a los que se expuso en las intervenciones quirúrgicas y sus desafortunados resultados.

Utilizó la cuenta materna de PayPal, cuya contraseña había sido creada con su apellido y fecha de nacimiento. En una semana recibió el paquete y lo ocultó detrás del ropero. Era una pequeña caja alargada que no se

resistió al sitio secreto.

Escogió un día que su madre se iba a un retiro espiritual con una hermana. Era de los pocos días en que Luz podía respirar y tener un tiempo a solas, puesto que aquella no trabajaba y, para colmo, además de mirarse egocéntricamente el ombligo, la perseguía minuto a minuto. El ausente padre era una sombra en la noche. Luz no comprendía el estado civil de sus progenitores. Quizá estuviesen separados y no se lo habían comunicado. Si esta hipótesis era cierta había elementos a favor para su corroboración, ya que algunas de sus amigas habían transitado lo mismo y fueron las últimas en enterarse, cuando la separación tenía algunos meses de efectivizada. Elegían este método para minimizar el impacto en un psiquismo tan pequeño como el de sus hijos. En realidad, en lo profundo de sí misma, Luz deseaba que esto fuese verdad. En este caso elegiría a su padre para ir a vivir con él. Fantaseaba con estar libre y sentirse ella misma, sin el control obsesivo de su madre hasta cuando iba al baño.

Retiró la caja y su contenido. Pieza por pieza armó el artefacto sobre la cama. Era simple la mecánica de funcionamiento de este aparato. Se conectaba a un enchufe, la crema se derretía en un recipiente que, a determinada temperatura, y de forma automática se apagaba. Cubriría su mancha con ella y, en escasos potentes minutos, lo retiraría y así, con ello, toda una existencia de frustración y humillación.

Cumplió, paso a paso, las indicaciones. Sintió cómo el calor abrasaba esa parte fallida de su piel. Se recostó sobre la cama y así se entregó a la espera del efecto milagroso.

Este relato no tiene un final sublime y reparador.

Luz no despertó.

Pereció allí en su cama con esa promesa de felicidad y libertad en su rostro. Su cuerpo se fue enfriando junto a la crema, protegida por el único sitio que le había acunado durante tanto tiempo de sufrimiento e incompreensión: su cama.

No cabe relatar la conmoción de su madre al descubrir el vano y desesperado intento de su hija por buscar su aprobación y amor incondicional.

Tan solo resta sumirse en un silencio oscuro, como la mancha de Luz.